

NO PUEDO SEGUIR ASÍ

—No puedo seguir así. Debo parar antes de estropearlo por completo, de cansarme. Ya he estado aquí antes, y lo mejor es separarme por un tiempo... Ya no es lo mismo. No quiero forzar algo que no sé si puedo mantener. Te quiero. No. Te amo, pero no puedo más, no así. Quiero disfrutar de ti...

Recuerdo cuando era pequeña y mi padre me llevó a la biblioteca para conseguir algún libro para leer, para pasar el tiempo. Yo llevaba insistiendo días, puede que semanas, entre su trabajo y mis clases a penas nos veíamos, y cuando llegaba el fin de semana y volvía a verlo estaba muy cansado para coger el coche y llevarme. Pero aquel día no había tenido tanto trabajo y yo volví a pedírselo, puede que finalmente se hartara de mí y quería que dejara de molestarlo. “Vístete que nos vamos”. Fui la niña más feliz del mundo, sentada en mi sillita en la parte trasera del coche, mirando por la ventana con una sonrisa que nadie me podía quitar de la cara.

Fui en busca de algo que hacer y salí con algo mejor.

Cuando entré y te vi, supe que mi vida no iba a ser igual, pero por aquel entonces tan solo era una niña pequeña que buscaba un libro y no era consciente de lo que ocurría. Se me aceleró el corazón, la sonrisa se ensanchó en mi cara, sentía mariposas en el estómago y la emoción era evidente en mí, aunque yo no supiera identificar los síntomas del enamoramiento, sabía que aquello no era normal. No podía esperar a pasar todo mi tiempo contigo, y tan solo había estado a tu lado unos segundos. Solo bastaron unos segundos para engancharme a ti como un drogadicto se engancha a la droga, como un alcohólico al alcohol y como un ludópata al juego.

Pasé la tarde de tu mano, perdiendo mis segundos contigo, sin pensar en nada más. Quería estar contigo por años, por siglos, toda la vida, pero era incapaz de ralentizar el tiempo y permanecer pegada a ti. Recuerdo decirle a mi padre “espero que dure mucho tiempo”, pero me era imposible no perder la cuenta de las horas cuando estaba contigo. Para cuando me di cuenta, me estaba despidiendo de ti y prometiendo volver a verte. No sabía lo que provoqué con aquella promesa.

Le hablé de ti a todas mis amigas. Podía estar el día entero hablando de lo maravilloso que eras. Ellas no lo entendían, pero no te conocían como yo lo hacía. Me hacías feliz y eso era suficiente para mí. Lo sigues haciendo.

Cumplí años disfrutando tu suave tacto y saboreando tus bonitas palabras, una y otra vez, jamás me cansaba de ti. Podía repetir del mismo plato tantas veces como quisiera, volvía a sentirme como lo hacía al principio. Las mismas mariposas. El mismo nerviosismo. La misma ansiedad por saber qué ocurriría. Me hacías sentir tantas cosas en tan poco tiempo que no podía ser lógico que pudieras provocarme aquello, ¿o sí?

Un día desapareciste. O yo te dejé ir, no lo sé... Pero ya no estabas. No le di mucha importancia. Te recordaba con pena, me culpaba por atreverme a abandonar algo tan valioso como lo eras tú, y más para mí, sin embargo, tu herida no fue tan grave como para sangrar. No me costó olvidarte.

Pero volviste, o puede que hubieras estado ahí todo este tiempo y no me había dado cuenta, daba igual. Supiste aparecer cuando te tocaba, cuando más te necesitaba, tal y como hacías años antes. Te acepté con miedo, ¿podría volver a enamorarme de ti? ¿Alguna vez había dejado de estarlo? Me lo pregunté cada día hasta que me tomé el atrevimiento de buscarte.

Esperaste por mí, sin poner una queja, sin ningún impedimento. Me dejaste tomarme mi tiempo y ser yo la que decidiera si quería hacerlo, aunque por mucho que tardara, ambos sabíamos que volvería a probar de ti, a disfrutar de lo que me ofrecías y a arrastrarme por más. Me enseñaron a no arrastrarme por nadie, pero sería imposible no hacerlo por ti.

Me recibiste con los brazos abiertos, como si todo ese tiempo hubieras estado anhelando el momento de que volviera a ti. Te abracé y prometí quedarme. Ya no me iría, no otra vez. Yo era más mayor, tú también. Ambos habíamos cambiado. Ya no era la niña pequeña que solía ser, ahora podía apreciar bien, aprender a quererte.

Estaba tan enamorada. Estoy tan enamorada.

Cuando estaba contigo me sentía como si viajara en una nube. Una nube suave, grande, como si fuera de algodón. Durante ese rato olvidaba todo lo que me preocupaba. Exámenes, deberes, peleas, dudas existenciales... todo quedaba atrás cuando estaba contigo. No existía nada más, tan solo tú y yo, yo y tú. Juntos.

Me enseñaste lo que era amar con locura.

Desde que tengo memoria soñaba con encontrar el amor, un príncipe azul que me llevara en su caballo blanco. Tú no eras un príncipe azul, ni tenías un caballo, pero conseguiste algo mejor. Me hiciste sentir.

Sentir.

¡Qué miedo!

Me hiciste sentir tanto que me aterraba estar contigo. ¿Podía ser posible que provocaras tantos sentimientos, tantas contradicciones dentro de mí misma?

Sonreía, reía, gritaba, saltaba de la emoción, o de la alegría, me emocionaba como un niño pequeño cuando veía un caramelo, bailaba, temblaba y me daban escalofríos. Pero también había llanto, enfado, confusión, tensión, ansiedad...

Tenías el poder de hacerme la persona más feliz del mundo y de destruirme, y no dudabas en hacerlo. Nunca lo hiciste.

Hacías cosas que no entendía, decías cosas que me confundían, que me cabreaban. Tenías comportamientos que nadie podría llegar a comprender, y me enervabas tanto que a veces necesitaba alejarme de ti. Dejaba de hablarte, de mirarte, intentaba no pensar en ti y en el daño que podías llegar a hacerme, no entendía por qué podías hacerme tanto daño, o qué razones tenías para hacerlo. Una parte de mí era consciente de que yo me lo buscaba, yo sabía dónde me estaba metiendo y de cómo me afectabas, sabía que, si tenías la oportunidad de hacerme trozos, lo harías.

Pero no me podía resistir, eras adictivo. Mucho. Muchísimo. Me tenías completamente a tu merced. Me ahogabas y me devolvías el aire. Me hacías heridas que luego sanabas. Siempre que volvías a hacerme sonreír, olvidaba todo lo malo que tenías, la parte oscura de ti.

Tenías tantas formas de ser, que estar contigo era como viajar a otra dimensión en la que siempre ocurría algo distinto. Distinto espacio y tiempo. Distintas personas. Podías hablarme sobre un chico que descubría que era mago, contarme la historia de un asesinato en un tren, hacerme vibrar con una historia de amor victoriana donde su protagonista empezaba a despuntar como feminista.

Nunca me cansaba de ver lo que me podías ofrecer. Siempre tenías algo que decir. Hablabas de tantos temas, contabas tantas historias que, aunque ambas fueran de

amor, no se parecerían en nada. Admiraba mucho eso de ti, y aspiraba a poder ser tan buena como tú. Poder contar mi historia, a mi manera, con mis espacios y mi tiempo, con las personas que yo quisiera, pero mía. Me animabas a ello, pero nada de lo que yo contara podía ser igual de bueno que tus palabras. Quería ser como tú cuando nada se comparaba a ti.

Sabía que no serías para siempre, y aunque evitaba pensar en eso, me daba miedo despertarme un día y que ya no estuvieras. Abrir los ojos, y no verte a mi lado cada mañana. No organizar mi día para poder pasar un tiempo disfrutando de ti, aunque fueran 5 minutos. Que, de un día a otro, todo lo que habíamos construido durante años se esfumara igual de rápido que pasaban las horas cuando te miraba.

Pero algo empezó a fallar, algo que ya había fallado otras veces, y no eras tú, sino yo. Era consciente de que, aunque hiciera oídos sordos, acabaría ocurriendo lo mismo.

Ya no sentía las mismas ganas de ti. No tenía esa necesidad imperiosa de olerte, de tocarte, de pasar mi tiempo contigo. Ya no me emocionaba pensar en llegar a casa y acurrucarme en mi esquina favorita, con una taza de té en la mano, junto a ti. Ya no eras lo mismo que antes.

Odiaba sentirme así. Odiaba sentir que lo nuestro era una obligación, que tenía que hacerlo. “Si me hace feliz, ¿por qué ya no lo quiero?” Me preguntaba constantemente. Cada día era peor, cuanto más evitaba ceder a lo que sentía —o a lo que dejaba de sentir— más complicado era. Me obligaba a quererte.

Ya no buscaba huecos libres para estar contigo, ya no escuchaba con atención tus historias, no te acariciaba con la misma suavidad, no te prestaba la atención suficiente. Muchas veces ni atendía a lo que querías decirme, y me frustraba. Me frustraba tanto que te culpaba a ti de ello. Me decía a mí misma que si ya no sentía lo mismo era porque ya no eras lo suficientemente interesante. Pero no era así.

Seguía enamorada de ti. Sigo enamorada de ti, pero tenía que poner una pausa a lo nuestro antes de que se rompiera del todo. Antes de que fuera irreparable.

—Quiero disfrutar de ti... pero no puedo. No puedo forzarme a seguir leyendo. Cada vez me cuesta más. Está siendo complicado.

Cerré el libro, cabreada. Últimamente me costaba más concentrarme y no me enteraba de la historia. Leía el mismo párrafo una y otra vez, pero seguía sin entenderlo. No disfrutaba la lectura como lo hacía antes.

No pasaba nada, no era el primer bloqueo lector que tenía. Sabía que en algún momento encontraría un buen libro que me ayudara a salir de él, pero por ahora, era mejor aceptar que si sigo obligándome a leer, solamente acabaré cogiéndole asco. Solo necesitaba otra historia.

Me levanté de la silla y guardé el libro en la estantería. “El cuarto de atrás” se me había atravesado y era incapaz de continuarlo, y al final había conseguido que no pudiera seguir ninguno más. Las lecturas del instituto podían llegar a ser entretenidas, sobre todo para mí, que me encantaba la lectura, pero desde “El árbol de la ciencia” ninguno había logrado mantenerme enganchada a su historia.

Me frustraba no poder continuar mi lectura, pero eso estaba bien. Sabía que volvería, como ya hizo una vez, y que la disfrutaría de nuevo cuando llegara su momento, pero por ahora, se quedaría guardada.

Suspiré y salí de mi habitación. Iba tranquila porque estaba enamorada de la lectura y sabía que me era imposible volver a abandonarla como hice hace años.

Me tranquilicé repitiendo que en otro momento volvería a sentir todo lo bueno y lo malo que sentía desde que entré en aquella biblioteca con mi padre y agarré ese primer libro. Las primeras hojas que olí, las primeras palabras que leí. El inicio de todo. El corazón acelerado, la sonrisa, las mariposas en el estómago, la emoción. Los síntomas del enamoramiento.

Me enamoré de la lectura, y siempre volvía a ella.